

gusta mi vida, la vida que he tenido hasta ahora, ni me gusta yo tampoco, que soy el resultado de eso y el que la vive, y quiero borrar todo eso, quiero olvidarlo todo, porque siendo quien soy estoy seguro de que no puedo vivir, así que todo el resto de mis días se me presenta como un inmenso calvario por donde tengo que ir pasando, día a día, hora a hora, mes a mes, año a año, minuto a minuto, hasta que al final del camino me den la puntilla. Quiero acabar ya con esto, no quiero seguir esperando, porque esta idea me atormenta y me destroza por dentro y he llegado a tal punto que ya ni siquiera soy capaz del más mínimo disimulo, que ya ni siquiera tengo un minuto al día en que me olvide de todo eso y pueda disfrutar de algo bueno.

No sé si habré conseguido explicarlo, pero no voy a enredarlo más todavía: espero que alguien entienda algo de eso. No voy a ceder a la tentación de dejarlo y soltar el boli y acabar. Tengo antes que acabar esto, si puedo, porque, si no, creo que tampoco voy a poder descansar bien en la tumba o donde me pongan después. Ya saben: todo estaría claro para mí si no fuera por ese pequeño lío lógico del que les he hablado al principio. Seguro que eso les parece una chorrada, porque puestos a matarse, para qué andarse con menudencias, pero para mí no lo es y no me pidan que se lo explique, porque tampoco lo entiendo, y también me da igual que algunos de ustedes me llamen cobarde: eso no es nada comparado con lo que me llamo yo a mí mismo todos los días. Pero se lo explico en un momento y ya termino, y que les den por culo si no lo entienden, que me importa una mierda.

Bueno, el problema es que no sé, en el caso de matarme, qué pasaría con lo que les he hablado al principio: ¿quién mataría?, ¿quién moriría?, ¿quién odia a quién? No entiendo por qué me pasa y por eso no soy capaz de dar el último paso para ejecutarme: hay en ello un misterio que me hiela la mano y me hace dudar. Porque ¿qué culpa tengo yo de haber tenido esta historia que he tenido? ¿Y si resulta que voy a matar a un inocente? Y entonces me surge la duda de si no podría perdonarme, perdonarme de veras y dejarme vivir: salvarme la vida. ¿Entienden lo que les digo? ¿Alguien me está entendiendo? Perdonarme..., en eso es en lo que pienso, y cada vez que pienso en ello, lo crean o no, les juro que se me saltan las lágrimas y lloro como un niño, como ahora mismo, que apenas veo lo que escribo, y siento una ternura inmensa conmigo mismo y hasta ha habido veces que me he pedido perdón llorando, por estúpido que les parezca. Ya sé que

hay muchos que no se detienen en esto y que lo hacen y se acabó, pero está visto que yo no puedo. Así que esta es la historia de mi vida, queridos lectores (creo que ya puedo llamarles así, a estas alturas): ni me gusta, ni soy capaz de acabar con ella del todo y de una vez por todas, así que vuelvo cada vez al mismo martirio, sencillamente porque la idea de perdonarme y dejarme vivir, no me parece imposible del todo y pienso que hasta con algo de paciencia pudiera ir aprendiendo a hacerlo: a ir perdonándome y odiándome un poco menos y hasta algún día, ¿quién sabe?, pudiera olvidarme de todo lo que a todas horas me echo en cara y pudiera dejar que se fuera borrando y perdiéndose en lo sin fin, y en lo hermoso que sería ir perdiendo este lastre inmenso que me aplasta día y noche, esta culpa insoportable que me está matando, que me culpo día y noche de lo que me ha pasado y culpo a mis padres y todos los que se me ponen alrededor y todo se me vuelve una maraña de odio hacia mí mismo y hacia los otros y hacia todo lo que me rodea, que me da un asco y me doy un asco que no lo puedo soportar.

Bueno, ya saben, no voy a empezar otra vez. Es eso al fin y al cabo: que siento que me queda algo de lo que no es eso, una semillita de amor y de perdón que no se ha pudrido entre el estiércol y que a lo mejor, si la dejas, puede germinarme dentro y... ¿quién sabe?, ¿quién sabe si a lo mejor, como un granito de mostaza...? Total, lo que sí que es verdad es que, para matarse, siempre hay tiempo.

Atentamente,  
*NO SE LEÍA BIEN EL NOMBRE.*

## LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

### Un relato de Borja MENÉNDEZ DÍAZ-JORGE

**A**l ir aumentando la temperatura, pequeños huequecitos encharcados se fueron abriendo entre la placa helada. No eran más que la marca de un dedo o la huella de un pequeño pie, pero poco a poco se fueron ensanchando, resquebrajando lo que antes pareciera una roca inalterable. Al cabo de dos semanas, ya eran grandes charcos y afiladas grietas.

Sutiles cambios climáticos estaban favoreciendo la desaparición del bloque helado. Según el hielo se derretía, el agua comenzaba a deslizarse abriendo canales y boquetes y, con ello, erosionando y destruyendo el bloque. Era un proceso imparabile que avanzaba en progresión geométrica.

No pasó mucho tiempo sin que las grietas fuesen desfiladeros y, los charcos, caudalosos ríos que resquebrajaban todo a su paso. Enormes masas de agua arrastraban a su paso toneladas de materiales arrancados de su quietud milenaria.

Algunos kilómetros más al sur, donde el clima era todavía más cálido, la corriente se detenía y abandonaba allí los enormes fragmentos de hielo y roca. Grandes cantos de piedra desgastados y pulidos por una fuerza irracional y obsesiva se amontonaban juntos, organizando figuras de una belleza apocalíptica. Entre el maremagno, como un transatlántico en el desierto, se alzaba algún enorme iceberg, recuerdo del glaciar ahora ya inexistente.

El cuerpo de la rana, otrora criogenizado a varias decenas de metros de profundidad, se hallaba abandonado entre los restos gigantes de la piedra demolida. Sus extremidades cubiertas de escarcha fueron calentándose lenta pero ineludiblemente bajo el sol. Y así, con el calor rejuvenecedor, el milagro pudo comenzar a suceder, y el metabolismo prácticamente detenido durante siglos pudo volver a ponerse en funcionamiento. No había daños en los vasos sanguíneos ni en los órganos principales. Maravilla de la selección natural que había impedido la cristalización de las células, evitando su ruptura. Otras ranas como ella estarían, tal vez, despertando lentamente en otros lugares.

Algunas horas más tarde la rana pudo empezar a moverse, primero con torpeza, luego con mayor soltura. Lo que más necesitaba —agua— era fácil de encontrar.

Todo era un lodazal entre los cantos gigantes. La rana se dejó llevar por las cada vez más flojas corrientes hasta llegar a una sucia poza formada entre los restos del deshielo. En sus aguas pudo encontrar algún mínimo resto comestible —su segunda necesidad importante—, pero ninguna compañera. De hecho, ningún vertebrado parecía habitar en aquel lugar devastado.

Allí moró durante varias semanas y, mientras tanto, para empeorar las cosas, la temperatura siguió aumentando. El agua se evaporaba irremediabilmente y, al fin, sin más deshielo, el lodazal se fue secando, la tierra resquebrajándose entre las rocas rodadas; y la rana se vio aislada en aquella charca cada vez más reducida. Todo parecía indicar que había vuelto a la vida por un tiempo muy breve.

Demasiado hambriento para aventurarse y aún confuso por la descongelación y el viaje, el batracio siguió nadando en círculos cada vez más pequeños hasta que, finalmente, algunos días más tarde, la charca fue sólo una mancha negruzca en medio de un paisaje desolado y abrasador. Allí yació el animal, listo para el sacrificio sobre un altar de tierra oscura. El sol sería el sumo sacerdote, armado con su lanceta de luz.

Fue una muerte agónica pero deseada. Mas como premio a lo inútil de su sufrimiento, su frágil cuerpo quedó perfectamente impreso en aquel barro seco, convirtiéndose, con el paso de los siglos, en un bello fósil de anfibio anuro, eslabón entre la rana muscosa y una nueva especie, capaz de sobrevivir durante años enterrada bajo el fango seco, esperando un agua milagrosa que la resucite como diciéndole:

*¡levántate y anda!*

